

Domingo once del Tiempo Ordinario.

Volvemos hoy al Tiempo Ordinario en la liturgia y nos encontramos con dos personajes muy especiales. David y la mujer pecadora. David es el rey, la mujer es una prostituta de la ciudad. Un hombre y una mujer, ambos pecadores, ambos perdonados por la misericordia del Señor. En ellos estamos nosotros representados si volvemos al Señor.

El pecado de David es el asesinato de Urías, para quedarse con su esposa; el pecado de la mujer es la prostitución con los hombres importantes de la ciudad. David necesitó al profeta Natán que lo enfrentara y lo llamara a la conversión; la mujer tuvo a Jesús, el Profeta grande, que la defendiera y le ofreciera el perdón.

David reconoció su culpa y su pecado, hizo ayuno y oración, y el Señor le perdonó su miseria y le devolvió la alegría de vivir. La mujer pecadora entró en la Escuela de Jesús, lloró su pecado y se puso al servicio del único Maestro; porque amó mucho, el Señor le perdonó todos sus pecados.

Pero hay en estas situaciones algo más profundo que nos debe hacer reflexionar y actuar. Es la queja de Dios contra David, que se vuelve protesta contra nosotros. A través del profeta, Dios le recuerda a David todas las bendiciones y regalos que le ha hecho y la poca respuesta que ha recibido. Es la queja del amor herido. “Te ungué con óleo de santidad, te libré siempre de tus enemigos, te entregué una misión, te he dado todo lo que tienes y, por si fuera poco, te voy a dar todavía más. Pero mira cómo me respondes con tu injusticia y tu pecado. ¿No merecería de tu parte una respuesta mejor y más comprometida?”. Lo mismo nos dice a nosotros hoy. Es una queja de amor que busca nuestro cambio y nuestro compromiso. Lo que Dios le decía a David, nos lo repite también a nosotros. ¿Cuál ha sido nuestra respuesta a su amor y misericordia? ¿Cuál puede ser a partir de ahora?

Sólo quien ama mucho podrá entender este diálogo de amor. La pregunta, entonces, está en esto: ¿Nos parecemos a Simón el fariseo o a la mujer pecadora? El fariseo juzga a la mujer pecadora y juzga a Jesús por falta de criterio en su actuar, pero no se juzga a sí mismo porque cree tener la razón y la justicia. Ama poco, está encerrado en su egoísmo y no alcanza a descubrir el valor de la comprensión y la misericordia.

La mujer, en cambio, es consciente de su miseria y de lo injusto de su actuar. Lo reconoce con acciones más que con palabras. Por eso llora y se sienta a los pies de Jesús como discípula nueva en su Escuela. Allí entrega todo su pecado, lo lava con sus lágrimas, se adhiere a Jesús con besos arrepentidos y el perfume de la vida nueva. En la Escuela de Jesús aprende que el amor y la misericordia son más fuertes que el pecado.

Durante esta semana dejemos, pues, que el Señor nos recuerde sus maravillas y sus acciones a favor nuestro y nos eche en cara nuestro pecado. Pero acudamos a él, sentémonos a sus pies llorando nuestra miseria y asegurándole nuestro amor. Renovemos nuestro amor y confiemos en la misericordia.

“Señor, ¡cuántas cosas maravillosas has hecho a favor nuestro! Que tu gracia y tu amor nos acompañen esta semana; que seamos conscientes de nuestra injusticia y nos dejemos lavar por tu misericordia. Que ante tanto amor recibido de tu parte, nos adhiramos a Ti, el Amor de los amores. AMEN”.